

No endurezcáis vuestro corazón

En la liturgia de la palabra de este domingo, un versículo del salmo captó mi atención y creo que puede ser una clave para leer el conjunto de los textos, por eso lo pongo en el centro de esta breve reflexión: «No endurezcáis vuestro corazón». Un corazón endurecido es un corazón que perdió la sensibilidad. Es como si me hubiera inmunizado y ya nada pudiera afectarme. Pase lo que pase, la puerta de mi corazón está cerrada. Y esto ocurre fundamentalmente en las relaciones interpersonales. Aparentemente parece que estoy bien, que he llegado a un lugar seguro, que estoy a salvo, pero el riesgo es que me quede más encerrado en mí mismo y es muy fácil que aparezca el cinismo y la amargura.

Todos disponemos de un buen almacén de heridas que se produjeron en la relación con los demás. Sería ingenuidad pensar que lo que llevamos así almacenado, mal almacenado, no nos hace daño. Podemos no ser muy conscientes de ello, pero esas memorias nos persiguen, nos restan energía y refuerzan nuestra tristeza. Aun así, la tentación es seguir adelante, tentar olvidar, centrar la atención en otra cosa, distraerse o encontrar justificaciones para la supuesta inevitabilidad de la situación, reforzando la convicción de que yo tengo razón y que no soy responsable por ello. Y así se va endureciendo, poco a poco, nuestro corazón.

Sería igualmente ingenuo pensar que la reconciliación es cuestión de sentimentalismo o de actuar bajo una fuerte emoción. El proceso que nos presenta el evangelio nos indica que estamos ante un tema difícil. Pero nos recuerda que este es un tema que implica cielos y tierra, es decir, la totalidad de la vida, con todas sus dimensiones. No se trata de un tema lateral o menor.

¿Cómo es posible no dejar endurecer el corazón y mantenerse abierto, a la escucha, en camino?

La relación toca zonas profundas de nuestra vulnerabilidad. Y ser vulnerable es la capacidad de ser tocado. Permanecer vulnerables es permanecer sensibles y abiertos y no recluirse detrás de una aparente fortaleza; es no perder la capacidad de cuestionarse y de seguir buscando. Querer ser fuerte es la forma de agudizar la herida; permanecer vulnerable, arriesgándose a ser nuevamente herido, es la forma de iniciar el camino de la sanación.

En este camino es importante tener algunos aspectos presentes:

- a) Quien me hiere es un ser humano tan herido como yo. No hay seres humanos que no estén heridos. Todos somos agresores y todos somos víctimas. Y el agresor, casi siempre, solo está reaccionando a su propio dolor.
- b) No hay una relación directa entre un hecho que me hiere y la dimensión del dolor que yo pueda sentir. Un golpe en un hueso roto es muchísimo más doloso que el mismo golpe en un hueso saludable. Los demás pueden estar tocando zonas muy dolorosas de mi vida sin tener la más mínima idea de ello.

Una agresión, sin dejar de serlo, no tiene por qué llevar al endurecimiento del corazón, sino que puede ser la oportunidad para hacerme más sensible a mi mundo herido, puede ser el inicio de un proceso de reconciliación con mi propia historia, y hasta ofrecerme la posibilidad de descubrir la presencia de Jesús en mi vida, Buen Samaritano cuidando de mis heridas. Lo que empezó por ser sentido como un daño, puede terminar siendo un don inestimable, por el cual nos sentimos llenos de gratitud. La gran cuestión es si miro hacia fuera, acusando, o, al contrario, si miro hacia dentro y me abro a un camino de sanación de mis propias heridas.

Una agresión, sin dejar de serlo, puede ser la oportunidad, en palabras de San Bernardo – *de encontrar el corazón del otro en mi propio corazón* – es decir, de estrechar un vínculo por vía de la compasión. Solo quien conoce su mundo herido puede acercarse compasivamente al otro, igualmente herido. La fraternidad es siempre un encuentro entre pobres. Solo desde la pobreza, podemos experimentar lo que es ser hermanos.

El secreto para no dejar endurecer el corazón es mantenerse en contacto con su vulnerabilidad, es aprovecharlo todo como un combustible para su trabajo interior, para ganar el gusto de habitar consigo mismo, descubriendo en sí una fuerza amorosa que lo reconcilia todo. La reconciliación no es un pacto entre personas, hecho de exigencias mutuas, sino que es el compartir de un don que nos es ofrecido en el silencio del corazón, pura gracia, donde no hay vencedores ni vencidos. Etimológicamente, ser vulnerable es poder ser herido, estar en situación de ser herido. Sorprendentemente, este es el único lugar de la salvación, porque solo quien puede ser herido puede ser amado y amar. «No endurezcáis vuestro corazón».

<http://www.monasteriodesobrado.org/>